# C:\Users\usuario1\Desktop\caritas logo.jpgCICATRICES DE ESPERANZA

Recuerdo que al principio todo quedaba tan lejos, en ciudades cuyos nombres eran difíciles de pronunciar. Pero poco a poco empezaba afectarnos. Y la situación ya cambiaba. De repente la engreída y endiosada Europa contemplaba con mirada escéptica que la sociedad de bienestar que pacientemente había instaurado en las últimas décadas tenía muchas grietas y fisuras por donde destilaban gotas de gran fragilidad. Poco a poco la arrogancia y el sentimiento de autosuficiencia que se habían ido adhiriendo de manera silenciosa y casi sin permiso en nuestro pensamiento colectivo empezaron a resquebrajarse.

De repente, esta crisis nos ha hecho despertar de nuestros delirios de grandeza. Durante mucho tiempo hemos jugado a ser dioses de barro. Nos creímos invulnerables e inquebrantables, y olvidamos nuestra condición de barro y de fragilidad. Nuestro planeta necesitaba parar, porque se ahogaba. Necesitaba gritar, porque no soportaba más el ritmo frenético que le habíamos impuesto. El mundo enmudeció. Y colocó delante de nuestros ojos la señal de stop. Y todos paramos. Necesitábamos parar y pensar hacia dónde vamos, qué estamos haciendo, cuáles son nuestras prioridades.

Tristemente está pandemia nos está dejando heridas y cicatrices que difícilmente vamos a poder olvidar, pérdidas de personas cercanas y queridas, sufrimiento sin el consuelo de poder expresarlo y compartirlo, dolor, soledad, sensación de fracaso, impotencia, desesperanza… Pero también nos está dejando cicatrices llenas de ternura, de apoyo y de esperanza.

En medio de tanto dolor y desesperanza brotan, como por efecto de la primavera, gestos de solidaridad y de esperanza. Estas últimas semanas estamos asistiendo a un inusitado movimiento social de los cuidados, con gestos de apoyo y cuidado hacia nuestras familias, hacia nuestros vecinos y hacia las personas que nos cuidan. Vemos a diario cómo la creatividad de muchas personas anónimas se multiplica para ayudar y facilitar la vida a los que tenemos cerca.

Cuando esta situación pase tendremos que aprender a vivir de nuevo, a caminar, a soñar, a reír, a abrazar. Aprender a ser. Con la ventaja de que la vida nos ha hecho ya el regalo de tener la oportunidad de que este duro aprendizaje nos convierta en mejores personas.

Una oportunidad de que los vínculos interpersonales se humanicen, se regeneren, se recreen, se reinventen. Una oportunidad de recuperar el valor de lo pequeño, de lo importante, de lo aparentemente insignificante y poco rentable. Un abrazo, una sonrisa, un gesto, una palabra. Una oportunidad de creer en el ser humano, de vislumbrar un horizonte.

De esta situación nuestra comunidad tiene que ser salir fortalecida. Alguien me decía que cuando superemos esta crisis las cosas no volverán a ser igual que antes. Quiero creer que sea así, que no volvamos a lo de antes, a hacer lo mismo que hacíamos antes, que no pensemos igual que antes, las mismas actitudes, las mismas rutinas,.. En definitiva que seamos mejores personas, que cada día mostremos nuestra cara más solidaria. No podemos olvidar. No queremos olvidar y no debemos olvidar. La memoria será, a partir de estos momentos, nuestra mejor guía, nos servirá de mapa y nos ayudará a trazar el camino de vuelta. «A un hombre le pueden robar todo menos una cosa, la última de las libertades del ser humano: la elección de su propia actitud ante cualquier tipo de circunstancias, la elección del propio camino», decía Viktor Frankl tras sobrevivir a los campos de concentración de Auschwitz y Dachau.

Tengo la convicción de que sólo desde la esperanza y desde la capacidad de soñar y de creer en el futuro podemos crear y proyectar horizontes personales y comunitarios para la felicidad.

Sueño que, al menos, haya pequeños cambios en nuestras maneras de pensar y de hacer, pequeñas revoluciones personales y sociales que nos hagan salir del aletargamiento en el que estábamos sumidos. Que de alguna manera todos empujemos la historia. El mundo que viene necesariamente tiene que ser mejor. Debe tener más abrazos, más sonrisas, más aplausos, más cuidados y más humanidad. Nos espera un mundo inédito, un mundo por estrenar, donde cada uno de nosotros estrenemos la Vida con mayúsculas.

 *Rosa Hernández*